

Tradición, modernización y proyecto nacional: una perspectiva latinoamericana*

Mario Casalla

Primera parte:

Las propuestas de “modernización” en la actual encrucijada latinoamericana

A mediados de la década del '60, Octavio Paz hablaba del desprestigio del término “revolución” a favor de la expresión “rebelión”. Es cierto, los muros de la Sorbona y de otras muchas universidades europeas así lo probaban. Eran los años de las rebeliones estudiantiles en que se exaltaba “la imaginación al poder” y la “revolución” –planificada y militante– quedaba relegada al cajón de antigüallas “represivas”¹. La revolución, que había ganado su prestigio a expensas de la “revuelta”, lo cedía ahora a favor de la “rebelión” (más imaginativa, más erótica, más participativa, al menos en las proclamas de sus jóvenes líderes). Se cerraba así una década que había nacido prestigiando el término “desarrollo” y terminaba también por condenarlo.

Pero, tal cual era previsible, la “rebelión” devoró –mucho más rápidamente– a sus propios hijos y la “revolución” volvió a dar el tono de los años '70.

Esta década –dolorosa y frustrante por cierto para América Latina– vio cómo en la vieja Europa aquellos jóvenes rebeldes también envejecían, como la “imaginación” no había alcanzado el poder (ni siquiera lo había mellado) y cómo muchos de sus líderes pasaban a engrosar las filas de lo que luego se denominaría “nueva derecha”². Sabido es que en nuestra América Latina, mientras tanto, las democracias volvían a caer, una tras otra, y el duro sable ocupaba su lugar. Simultáneamente, en el interior de esa retornada “revolución”, iba creciendo lentamente la idea que daría la tónica de los '80: la *modernización*. A la vanguardia volverían a colocarse ahora los Estados Unidos (era de Cárter y la “Trilateral Commission”) y, poco a poco, junto con el ocaso de la década

del '70, el término "revolución" sufre su segundo desprestigio en lo que va del siglo³. Fracasadas las latinoamericanas, superadas las "rebeliones" europeas, alejado de los EE.UU. el síndrome de Vietnam, contribuyen a prestigiar el término "modernización" el denominado "milagro japonés" y el desarrollo acelerado de la informática y la tecnología asociada a ella que abren las puertas de un nuevo paraíso: el tecnocrático, post-industrial o de la tercera ola, según sea el autor que le ponga nombre. Pero lo concreto es esto: se da un segundo desplazamiento, en lo que va del siglo, del término "revolución". Primero fue a favor de la "rebelión", ahora, de la "modernización". La revolución prometía un paraíso por delante: era esencialmente *utópica*. La rebelión amenazaba a todo lo instaurado, aunque no prometiera nada concreto en su lugar: más que nada era *provocativa*. La "modernización", a diferencia de las otras dos, apunta al presente y es esencialmente *propositiva*. Y acaso de aquí su naciente prestigio, agotadas en el "mundo central" las ideas revolucionarias y rebeldes. Insistamos, sin embargo, en nuestra vivencia latinoamericana de todas estas secuencias.

Tradición, Modernidad y Proyecto Nacional

Vistas desde aquí, las cosas son un poco diferentes. Es como si el caleidoscopio girara más ligero, los colores se confundiesen aprisa y se tuviese –en consecuencia– la noción teórica de todas estas cosas, sin su correspondiente materialidad empírica. Resulta como si aquí esas mismas cosas *ocurriesen*, sin el duro esfuerzo de parirlas: una suerte de parto de prestado.

Es así que en los años '60 ensayamos también tímidamente el "desarrollo" (era Kennedy), acompañando al final, "subdesarrolladamente", la "rebelión". Durante los años '70 probamos con la "revolución", al calor de la cual cedieron –durante un tiempo– varias sempiternas dictaduras. Sin embargo, éstas volvieron a teñir los fines de los '70 y el comienzo del '80 y ahora, felizmente, reconquistadas las democracias, el debate de la *modernización* se instala poco a poco como insoslayable. Está bien que así sea: corren "tiempos modernos", sólo que llegamos a ellos *sin haber completado nuestro "desarrollo", sin haber hecho una "revolución"*

y con democracias que deben abrirse paso a codazos, entre abultadas “deudas externas” y rebrotes autoritarios de la “perdida grandeza”. Sin embargo, es nuestro tiempo y el desafío está lanzado, es poco probable que podamos sustraernos a él (¡so pena de pecar de anticuados!). Acaso una parte del éxito consista en asumir ese desafío desde *nuestra propia situacionalidad* y sabiendo las *tareas pendientes* que todavía se acumulan en nuestras espaldas.

Lo primero es advertir la justicia y lógica internas del planteo modernizador. En efecto, resulta imposible ignorar que durante las dos últimas décadas se ha producido un verdadero “salto tecnológico” en el conocimiento humano, sin parangón en las centurias anteriores. La profundidad y lo sostenido de ese cambio han llevado a bautizar a nuestra época como “era tecnotrónica” (Brzezinski), “sociedad post-industrial” (Bell) o de la “tercera ola” (Toffler), por no citar sino a los más conocidos⁴. La tecnología, la electrónica, la robótica y la informática actúan, a la vez, como aceleradores y principales actores del cambio económico-social. Las consecuencias inmediatas están a la vista: unificación espacio-temporal del planeta (donde las “distancias” prácticamente han sido anuladas); cambios sustanciales en las relaciones productivas y laborales; alteración continua de usos y costumbres sociales y personales; nuevo orden económico y político internacional; conquista progresiva del espacio exterior; etc. Está también la otra cara de la moneda (muchas veces deliberadamente separada de la anterior): debilitamiento de los espacios y culturas nacionales donde hasta ahora había transcurrido la vida de los pueblos; creciente angustia social e individual ante lo acelerado del cambio; masivas inversiones en el complejo militar-industrial, distraídas a las necesidades más acuciantes del desarrollo; posibilidad inquietante y siempre abierta de un holocausto nuclear; aparición de nuevas clases sociales y mayores distanciamientos entre las existentes; devastación ecológica y nuevas carencias en áreas de insumos denominados críticos y un sin número más de efectos, tanto o más complejos que sus causas.

La contradicción entre ambos términos y la inexcusable presencia de esa “modernidad” –ya difundida planetariamente– han urgido respuestas extremas que, como tales, resultan demasiado precarias. De un lado aparece con firmeza

una suerte de *negación ante el cambio* que, alentada por un sentimiento de “nostalgia del pasado” (aun sabiéndolo irre recuperable), sólo repara en los aspectos negativos de ese proceso y se niega a todo diálogo con esa realidad “tecnocrónica”. Por el otro lado, tenemos una suerte de *optimismo ingenuo*, el cual no duda que “un futuro mejor” ya se ha instalado entre nosotros y que sólo basta con subirse a ese carro computado para entrar sin problemas en el siglo XXI. Así, en la lucha entre *conservadores* y *modernos*, los aspectos más esenciales de la cuestión quedan sin tratar. Sin embargo, pensar correctamente esa *relación entre tradición y modernidad* resulta decisiva. La “tradición” no es una pesada carga que se soporta sobre los hombros e impide avanzar con presteza, tanto como la “modernidad” no es un pistoletazo que de golpe nos instala en el paraíso. Debemos superar esa tan arraigada *concepción vulgar del tiempo* que divide a éste linealmente en un “pasado/presente/futuro” estancos. En la vida real, en la vida de los pueblos, el eje temporal es siempre un *presente-viviente* en el que se sintetizan y expresan aquello que denominamos “pasado” (la tradición) y lo que apunta a la palabra “futuro” (lo por-venir, lo moderno). Pero ambos vividos y proyectados desde un “presente” donde el ayer y el mañana ya de alguna manera están latentes y actuantes⁵. El problema no consiste entonces en tirar la “tradición” por la ventana, ni en imaginar rápidamente un futuro “moderno”, sino en auscultar sin prejuicios ese presente-viviente y encontrar en él las tendencias del pasado y las posibilidades del futuro. Sólo así un pueblo es capaz de *crecer generacionalmente* y plantearse su maduración y la forja de un *destino propio*. Para decirlo con otras palabras: un pueblo que resuelve correctamente sus problemas presentes, es el único capaz de tener un “futuro” y apropiarse creativamente de su “pasado”. Lo “moderno” ya está en él y el “pasado” ha dejado de ser esa herida larga y abierta o esa pesada alforja que divide más que une. Cuando un pueblo logra esto es porque en el nivel de su dirigencia política, económica y cultural ha sido capaz de formular y ejecutar un *proyecto nacional*. Este no es un burocrático catálogo de posibilidades, ni un enunciado de aspiraciones y deseos (por altos y nobles que éstos sean), ni un conjunto de planes y programas metódicamente elaborados (aunque sí se los requiera). Antes bien se trata de la *síntesis en acto* de las posibilidades y necesidades de un pueblo histórico (repensadas desde esa

unidad de tradición y modernidad), acompañada de la *voluntad colectiva* (política) para su realización. En consecuencia, *sin proyecto nacional no hay modernización ni la indispensable unidad para encarar una empresa de ese tipo*. En un proyecto nacional se conjugan, a su vez, tres cosas: lo que esa dirigencia formula, aquello que el pueblo vívidamente desea y lo que es posible realizar. *Por eso, nada más realista y posible que un proyecto nacional*, cuando éste es correctamente formulado. Nada también más “moderno” y a la vez más “histórico”. La apropiación de la tecnología y del futuro en que ya se encuentran instaladas las sociedades del hemisferio Norte, requieren –por parte del Sur– un proyecto nacional que desde sus peculiares tradiciones culturales asuma esa “modernización”⁶.

Conocimiento y Poder

Para formular ese proyecto es necesario, desde el vamos, superar algunas ilusiones muy difundidas entre nosotros. Se repite con frecuencia aquello de Bacon: “el conocimiento es poder”; no se saca sin embargo de esta lúcida afirmación todas sus consecuencias⁷. En efecto, si el conocimiento es *poder*, éste no se regala ni se facilita. Las experiencias históricas y culturales de la humanidad lo demuestran con elocuencia. En consecuencia, *el “paraíso tecnológico” no es una mesa abundante a la que basta acercarse para servirse los manjares*. Ese poder tecnológico del Norte superindustrializado y desarrollado *forma parte de su poder sin más* y está imbuido en la política general que los países centrales se dan para con el resto del planeta y entre ellos mismos. Por lo tanto, antes que de una mesa bien servida y de la invitación al banquete universal, se trata de una compleja malla de intereses y objetivos políticos y económicos que no penetraremos sólo con nuestro voluntarismo histórico. No decimos que sea impenetrable, ni mucho menos proponemos la resignación en el atraso tecnológico. Simplemente advertimos acerca de la dura tarea que como latinoamericanos tenemos por delante: discutir las pautas de un *nuevo orden internacional*; proteger e impulsar *nuestro propio desarrollo* y, simultáneamente, a partir del poder que una actitud así genera, *dialogar e intercambiar* con el mundo ya desarrollado. Esto, que es posible, evitará que nos demos de bruces cuando pretendamos sentarnos al

“banquete tecnológico universal” y seamos invitados a arreglarnos con las sobras o a aguardar pacientemente en la antesala. Se trata de una ilusión reiteradamente inculcada entre nosotros (¿cómo si fuésemos tecnológicamente atrasados porque queremos serlo o porque hasta ahora ignorábamos aquella mesa bien servida!). Varias obras sobre el tema, últimamente publicadas, ignoran o minimizan esta realidad del *poder*; tal por caso el reciente libro de H. Terragno, *La Argentina del siglo XXI*. Lamentablemente ese “banquete” no se ha servido originalmente para nosotros, ni se nos ha cursado invitación especial. Sin embargo, como tripulantes de esta “nave espacial Tierra”, tenemos el derecho de reclamar el alimento común y la obligación de generar nuestros recursos fundamentales. Nadie hará esto último por nosotros.

La segunda ilusión que debemos desde el vamos superar también, es la *supuesta universalidad y asepsia del quehacer científico y tecnológico*. A medida que se desarrollaba, la ciencia moderna fue maestra en eso de querer desvincularse de la política y presentarse, así, como paradigma del saber “objetivo y desinteresado”. La obra de Mario Bunge –por ejemplo–, *La ciencia, su método y su filosofía*, acrisoló una larga tradición entre nosotros al respecto, por su lectura continuada (desde 1963 a la fecha) en las generaciones universitarias que se introducían en la problemática⁸. Por supuesto, el Norte agradecido. Pero nada más lejos de la realidad que esa ilusión. Muy por el contrario, la ciencia y la tecnología están profundamente imbricadas en el proyecto político, económico y cultural del cual surgen y al cual sirven. En este sentido, el arsenal científico y tecnológico que hoy “se nos ofrece” como panacea para los males de nuestro atraso es bastante probable que requiera más de un ajuste y reformulaciones para ser utilizado en nuestro beneficio. De allí que el desafío del denominado Sur –tal cual lo señalábamos– sea entonces doble: *desplegar* sus propias posibilidades científicas y *apropiarse* creativamente de todo aquello que pueda y sea conveniente para su propio desarrollo (como se advertirá, una tarea por completo diferente a la del supuesto cómodo comensal del “banquete tecnológico universal”). Caso contrario, ya tenemos espejo en el cual mirar nuestro futuro. También en materia de ciencia y tecnología la repetición acrítica, la imitación dependiente o el “progresismo” abstracto, son mal negocio para

nuestras sociedades urgentemente necesitadas de modernización y auténtico *desarrollo soberano*. Excepto que renunciemos a este último concepto, lo que también el Norte agradecería, aunque sin demasiada generosidad ulterior.

Salteando etapas

Finalmente quisiéramos advertir sobre una tercera ilusión: *la de "estar de vuelta" sin haber ido*. En efecto, se nos exhorta hoy a ingresar en el paraíso informático y tecnológico, propio de las sociedades *post-industriales*, pero *¿cómo realizar esto nosotros que ni siquiera hemos completado nuestra industrialización?* A esto se suele responder que pretender hoy la industrialización es ir a contramano de la historia, y que esa misma ciencia y tecnología nos harán pasar del arado al chip y a las biotecnologías. Nueva y lamentable confusión: ese poder informático y tecnológico es propio de las sociedades que han *completado su ciclo de desarrollo* y se apoya sobre bases firmes y decantadas. No es casual que las potencias hoy hegemónicas en materia de ciencia y tecnología coincidan puntualmente con los países que han desarrollado y expandido su industria⁹. Proceso que completaron precozmente, como *Inglterra* (1750-1800); *Francia* (1800-1890); los *Países Bajos* (1800-1850) y *los EE.UU.* (1840-1890). O bien los que lo hicieron a continuación de éstos y en pugna con los pioneros: *Alemania* (1850-1914); *Japón* (1890-1920); los *Países Escandinavos* (1890-1930) y el *Canadá* (1900-1920). O que se industrializaron deliberadamente entre las dos guerras, como *Italia* (1920-1940) y la *URSS* (1918-1940). O que, aprovechando el reordenamiento internacional que siguió a la Segunda Guerra Mundial, completaron su ciclo industrial con posterioridad: *Australia y Nueva Zelandia* (1930-1950). Si nos parece demasiado crudo Bacon ("el conocimiento es poder"), recordemos entonces a Federico List, quien escribía en 1841: "Es una regla de prudencia vulgar, la de *quitar la escalera* con la que se alcanzó la cima, con el fin de quitar a los demás los medios para subir detrás. Ahí está el secreto de la doctrina cosmopolita de Adam Smith y las tendencias cosmopolitas de su ilustre contemporáneo W. Pitt, así como de sus sucesores".

Y aclaremos que cuando hablamos de proceso *de industrialización* lo hacemos en el sentido amplio que comprende *el tipo de sociedad y cultura* que aquél es capaz de generar y sustentar. La “industrialización” no es sólo fábricas y chimeneas humeantes: es, ante todo, la producción de *riqueza masiva* y el nuevo *modelo social* que ella posibilita (popular, participativo y con anhelo de justicia). La industrialización rompe la sociedad del “cerco agrícola” –tan instalada todavía entre nosotros los latinoamericanos– y los factores de atraso y pobreza que le son inseparables. Por ello la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI) –¡Algo más generosa que Adam Smith o W. Pitt!– recuerdan al Sur la necesidad de su desarrollo industrial. En su documento sobre “Cuestiones generales de política industrial” nos dice que “con la industrialización se persiguen numerosos objetivos” y algunos de ellos caen como anillo al dedo de nuestro “presente-viviente”: elevar el nivel de vida de la población; promover una mayor independencia económica; proporcionar los beneficios que generan las economías de escala y la tecnología moderna; aprovechar en todo lo posible la cooperación regional; mejorar la balanza de pagos internacionales; procurar el reparto más equitativo del ingreso nacional y fomentar el desarrollo de cuadros directivos y de la tecnología con sujeción a las condiciones y recursos del país. Como se advertirá, un programa nada desdeñable *y del cual no se entiende muy bien por qué uno debería apartarse, no completarlo o salteárselo*. ¿O no será que en esto también funciona aquella lógica de “quitarle al de atrás la escalera” con que se alcanzó la cima, de la que hablaban Smith y Pitt?

Segunda parte

El caso japonés. La cara oculta del famoso “milagro”

La necesidad de un vigoroso proceso de desarrollo, actualización o modernización de nuestras estructuras políticas, económicas y culturales es hoy un ideal común repetido sistemáticamente por los principales líderes democráticos latinoamericanos y del denominado Tercer Mundo. Con palabras diferentes, desde coyunturas nacionales también diferentes entre sí y con

distintos pronósticos y propuestas, sin embargo, el debate y el gran objetivo están planteados: *superar el atraso y la dependencia* en que angustiosamente se debaten nuestras relativamente jóvenes nacionalidades, e ingresar en el ya muy cercano siglo XXI menos rezagados y más participantes. Al mismo tiempo, está también en discusión el contenido y las formas de un *nuevo orden internacional* que no sólo nos proteja del holocausto nuclear, sino que posibilite una nueva redistribución del poder y las responsabilidades mundiales sobre bases más justas y éticas.

Este ideal compartido, sin embargo, se vuelve mucho más problemático al formularse las respectivas teorías y prácticas para implementarlo. Uno de los errores más frecuentes –al menos entre nosotros, los argentinos contemporáneos– es entender a ese desarrollo o modernización *como una suerte de modelo ya armado que es necesario alcanzar, mediante la aplicación de “recetas” supuestamente utilizadas en los lugares de origen*. Y eso del “supuestamente utilizadas” es fundamental, porque generalmente esos procesos exitosos que se proponen como metas son presentados *despojados de sus peculiaridades nacionales* y como *verdades ahistóricas* que servirían “más allá del tiempo y del espacio”. Una suerte de simplista “tómelo o déjelo”, totalmente alejado de la verdad histórica y de las posibilidades de un intercambio fructífero. Muy por el contrario, éste verdaderamente comienza cuando somos capaces de *situar* objetivamente esos procesos (más allá de los panfletarismos ideológicos), de *repensar* sus aciertos y sus errores desde nuestro respectivo interés nacional y de *responder* a sus sugerencias y estímulos teniendo en cuenta nuestro propio grado de desarrollo y nuestras necesidades y posibilidades históricas. Esta es una de las diferencias fundamentales entre un maduro *diálogo de las culturas* y esa suerte de divulgación superficial y acrítica que promociona superficialmente la nueva “receta” o “milagro” que deberíamos aplicar sin más.

Tal es el caso del denominado “modelo japonés”, presentado como un triunfo del capitalismo de “libre empresa” basado en la modernización científica y tecnológica. Error que no respalda ni el más mínimo estudio político, económico

y cultural del reciente desarrollo nipón. Lo del Japón contemporáneo es un éxito indiscutible y, en buena medida, una experiencia de la que hay mucho que aprender, *pero no precisamente por las razones y argumentos que usualmente se repiten*. En esto también el Japón puede darnos una mano: su éxito no radicó en aplicar una “receta” hecha (el capitalismo occidental de libre empresa y mercado), sino en apropiarse creativamente de ciertos resortes decisivos del progreso humano y asumirlos desde su propia identidad cultural.

Un poco de historia imperial

Lo que se presenta actualmente como “milagro japonés” –su pujante resurgimiento, aún después de la agresión nuclear a que fue sometido en 1945–, más que un “milagro” es la *culminación* de un largo proceso histórico de esfuerzos por el desarrollo, que comienza en el siglo anterior, y de la tenacidad de un pueblo y de su clase dirigente por llevar adelante, aún contra toda adversidad histórica.

El comienzo del Japón moderno podemos fecharlo en el año 1867, en que es derrocado el sistema del *shogunado* (gobierno oligárquico de los nobles) y el joven emperador Meiji reasume efectivamente el poder político del país, iniciando una era de notables reformas. Con la relativa ayuda de los “navíos negros” del comodoro Mateo C. Perry (1853/54), termina de resquebrajarse el shogunado Tokugawa que había controlado el país desde el siglo XVI y la moderna *nación* japonesa se abre paso a partir del aquel mosaico de sesenta feudos o territorios de clanes en que los nobles habían transformado las islas. Se iniciaba la “revolución Meiji” que industrializaría el país y, con el tiempo, lo llevaría al concierto de las primeras potencias mundiales. Como se ve, mucho antes de este último y propagandeado “milagro”. Esa revolución decreta el fin del sistema feudal anterior; realiza una apertura al exterior con real avidez (los shogunes habían expulsado a los extranjeros y maniatado a los propios nacionales); investiga y adopta –según su interés– las invenciones científicas y mecánicas de Occidente; crea una poderosa flota mercante (los nobles habían prohibido la construcción de barcos capaces de navegar mar afuera); progresa enormemente

la industria nacional y crea un poderoso y moderno ejército que le permite la expansión colonial, en búsqueda de los recursos naturales que la industrialización le exigía y su exiguo territorio no estaba en condiciones de proporcionarle. Entra al siglo XX con dos decisivas victorias militares: la guerra contra la China (1894/95) y contra Rusia (1904/05), sus dos eternos enemigos geopolíticos. Ya en este siglo, *se beneficia con la Primera Guerra Mundial*, pues encuentra un amplio mercado para sus telas de algodón, y por su participación del lado de los aliados recibe –por mandato de la Sociedad de las Naciones– las islas Marianas, Marshall y Carolinas. En el período entre guerras y con Hirohito como emperador desde 1926, potencia su desarrollo industrial, aumenta sus posesiones coloniales y las pone a trabajar al servicio de la economía metropolitana: ocupa la Manchuria (China) en la cual –al igual que en los territorios que ya ocupaba de Corea y Formosa– construye ferrocarriles, explota yacimientos de carbón y hierro, funda fábricas de acero, fomenta la agricultura intensiva y manda todo lo producido al Japón. Por el contrario, a los habitantes de sus colonias los obliga a consumir productos japoneses. Es decir, no se queda en el discurso externo de la “libertad de comercio”, sino que lo aplica tal cual las pioneras potencias occidentales: sin rubor y con bayonetas (aunque se declame lo contrario). En 1937 ataca otra vez masivamente a la China y se apodera de todas las provincias septentrionales, de todas sus ciudades costeras y de su sistema ferroviario vital. Cuatro años después se atreve con Pearl Harbor (diciembre de 1941) y desde esa fecha, hasta fines de 1942 en que las victorias navales de EE.UU. lo van expulsando, dispuso de todas las materias primas de nuevas y ricas zonas ocupadas: Filipinas, Indias Orientales Holandesas, Malaya, Birmania, Tailandia, Indochina y casi todas las islas menores del Pacífico¹⁰. Llegamos así a 1945 y desde allí ya es historia más conocida, la única que parecen recordar los mentores del nuevo “milagro”. Pero, como se advertirá, la verdad es otra: el Japón que soporta los bombardeos nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki *era ya una nación moderna y desarrollada que, precisamente por eso y por la posterior asistencia de las potencias pares, pudo continuar su camino de grandeza y culminarlo con éxito*. Entre 1867 y 1945 había realizado lo que a las principales potencias de Occidente les insumió siglos: la unidad nacional; la consolidación territorial; la modernización científica y

tecnológica; la revolución industrial; la puesta en marcha de un Estado eficiente y de una clase empresaria pujante y con decidida vocación nacional; una inserción internacional no dependiente. Como se advertirá, la concreción de todo un *proyecto nacional* deliberadamente pensado y ejecutado, que el holocausto nuclear vino a suspender transitoriamente, pero sin interrumpir en sus sólidas raíces. ¡Muy otra es la situación de las nacionalidades todavía emergentes de América Latina y del Tercer Mundo, a las que se les presenta acríticamente el final de ese “modelo” (hoy computarizado y robotizado), *pero sin decirles con el mismo énfasis que tal panacea tecnológica supone todo el pogromo anterior sobre el cual sólidamente se apoya!* Algo que todo japonés conoce desde la cuna. Por eso hoy, en medio de toda su tecnología, los obreros de la Matsushita –fábrica famosa por su producción de material electrónico y audiovisual– repiten en su canción oficial: “Para construir un nuevo Japón / trabaja duro, trabaja duro. / Aumentemos nuestra producción, / la enviaremos a todo el mundo. / Sin tregua, sin descanso / como una fuente inagotable / brota nuestra industria. / Sinceridad y armonía, / eso es Matsushita Electric”. Pero esto tiene que ver con la cara deliberadamente oculta del “milagro”.

La identidad cultural japonesa

Aquello que nosotros imprecisamente llamamos “ser nacional” tiene en japonés una expresión compleja y enigmática: *kokutai*. Sobre él se apoya el doble y paradójico carácter de su cultura: de un lado muy abierta y flexible, muy apta para tomar y responder a los estímulos externos; de otro, capaz de cerrarse completamente a la agresión de ese exterior y conservarse por sus propios y renovados medios. La milenaria historia nipona es el juego armónico y lúcido de ambas posibilidades (sucesivas o simultáneas). Este doble juego cultural se expresa en un sistema civilizatorio que incorpora siempre las técnicas de la civilización occidental (especialmente las bélicas y las industriales) pero manteniendo a la vez su propia identidad y estructura social (jerárquica y con divisiones bien definidas). Y esto último –lo tradicional– tiñe siempre a lo que se toma de afuera (lo moderno) y lo *nacionaliza*. La continuidad siempre renovada

del *código samurai*, que desde el fondo de los tiempos y hasta hoy inclusive da la tónica profunda de la cultura japonesa, es un ejemplo vivo de esa unidad de tradición y modernidad.

Esta flexibilidad para abrirse y aceptar lo extraño reconoce sin embargo un ancestro: los mil años de la influencia de la cultura china sobre el Japón. Pero hay una diferencia fundamental: mientras que en China a esa flexibilidad mental la acompañó siempre una crónica inestabilidad institucional, en el caso nipón la avidez intelectual se dio en el marco de un conservadurismo social que terminó protegiéndola. A la China lo extraño la desorganizó siempre mucho más. Y acaso esto explique por qué también en el Japón se separaron dos cosas que en el Occidente moderno fueron unidas: el *capitalismo* y la *democracia*. El desarrollo capitalista nipón (requisito del proceso industrializador) no se dio en el marco de una sociedad democrática, ni la supuso como requisito o, al menos, como consecuencia. Se nos podrá objetar que desde 1945 y por imposición aliada en el Japón hay democracia. Es cierto en las formas, pero no en el contenido. Un observador sagaz de aquella cultura, el francés Jean-Claude Courdy, confesaba en 1979 y después de años de residencia en las islas: "En el orden técnico, el Japón funciona como una democracia. En el orden político la polémica sigue abierta... para los dirigentes actuales, si bien se produjo un cambio en la forma de gobierno, la estructura nacional del Estado basado sobre el sistema imperial, sigue siendo la misma. La ambigüedad es grande". Y agrega: "El Japón se transformó sin duda en un conjunto democrático estable, pero sus cimientos siguen amenazados por fuerzas emocionales conflictivas *imposibles de comparar con ningún modelo conocido de país occidental industrializado*"¹. Es el *kokutai* que se expresa y que –a pesar de los propagandistas asépticos del "modelo"– no es universal.

Todo esto, como veremos, tendrá importancia decisiva en la forma que adquiere el proceso de desarrollo económico, la conformación del Estado y de la decisiva y poderosa clase empresarial. Procesos todos estos que no siguieron las pautas europeas clásicas, aunque allí hayan abrevado las técnicas. A diferencia de los ejemplos clásicos de industrialización occidental, en Japón el Estado jugó un

papel fundamental en el proceso, anticipando lo que luego en parte se conocería como “modelo soviético”. *Sólo que ese Estado permitió la iniciativa y la gestión libre* de esa multitud de pequeños empresarios que actuaban en el marco de las relaciones artesanales y familiares. Pero por sobre todo confió a grandes emporios (*zaibatsu*) la comercialización de toda esa producción artesanal y alrededor de éstos fue creciendo la red bancaria, la industria pesada, la minería, los transportes. *En esos grandes emporios se fue gestando toda una clase empresaria superior, que desde su inicio se relacionó estrechamente con la clase política e hizo propios los grandes objetivos nacionales al calor de los cuales había nacido.* Casi todas aquellas principales familias empresarias eran *de origen samurai* y aportaron a la gestión empresaria esa ética personal espartana implícita en el código¹². Por eso no es de extrañar que en el artículo 4to. de las normas internas redactadas por el fundador de la Mitsubishi, se dijera: “Dirigir todas las actividades teniendo siempre presente el interés nacional”. Entre 1945 y 1946, por disposición del SCAP (*Supreme Command Allied Power*) los *zaibatsu* fueron disueltos; sin embargo se las ingenieron para subsistir y reaparecieron en la década de los ’60: en 1963 el grupo Mitsubishi ya comprendía otra vez veintiuna sociedades industriales y ciento tres fábricas, y ello es sólo un ejemplo. Los otros son tanto o más conocidos: Toshiba, Nissan, Fuji, Sanwa, Yawata, etc. Sus productos ya los consume el mundo. La sólida alianza del Estado con esa clase dirigente y aquella base cultural popular tan especial, permitieron que si bien las técnicas de producción maquinista y tecnologizada fueran occidentales, *la conducción socioeconómica y política (es decir lo fundamental) fuesen nacionales (japonesas)*. Algo que también puntillosamente queda ocultado, cuando se presenta la “receta” nipona como modelo de la “libre empresa” y la “economía de mercado” sin prejuicios.

La base cultural de la empresa

Es que el empresariado japonés y las recetas que ha generado, si bien se mueven dentro del modelo económico capitalista, poco tienen que ver con la idea de lo “privado” y del “lucro” que se maneja en Occidente. En primer lugar debe señalarse que *mantiene una fiel relación y un permanente sentido de solidaridad con*

la clase política y con el Estado. Los empresarios se consideran agradecidos hacia aquél y con la obligación de retribuirle lo que recibieron, mediante la creación de nuevas empresas útiles o necesarias para la sociedad. A su vez, consolidados como líderes sociales, *redujeron la necesidad de esa acción directa y promotora del Estado*, asumiendo su propia responsabilidad en la economía y descargando ese peso de las espaldas del sector público. Esto puede considerarse idílico o irreal (acostumbrados al tipo de relación común en Occidente entre esos dos órdenes), si no se explica la base cultural de ese tipo de empresario japonés. Como señalamos antes *esa clase empresario moderna es de origen samurai y ha trasladado a lo económico esa dosis generosa de la ética personal del código*, para el cual hacer dinero y consumir conspicuamente no es mirado con buenos ojos. Al mismo tiempo, aquella ética implica *el estricto cumplimiento de reglas de probidad y propiedad* entre superiores e inferiores, algo que tiñe hoy a toda la empresa japonesa, cualquiera sea su dimensión.

El modelo en que se han mirado y crecido los actuales capitanes de la industria y el comercio es Eiichi Shibusawa, quien vivió entre 1840 y 1931. En él se reconocen las mejores cualidades del período Meiji. Más aún, la escuela que fundó en sus tiempos es hoy la Universidad de Hitosubashi, que se reputa como la más cotizada en economía y empresas. Shibusawa fue educado en los principios samurai –donde el manejo de la espada y la caligrafía va unido a la filosofía de Confucio– y tuvo activa participación en el derrocamiento del Shogunato de los Tokugawa que devolvió el poder al joven emperador Meiji. Pertenecía sin embargo a los sectores conservadores de aquel proceso (los *loi*), pero cambió su posición luego de un viaje a Occidente (visitó la corte de Napoleón III), al regreso del cual encabezó la apertura del Japón a la modernización. Como bien se señala, “abandonó allí su patriotismo militar (muy propio del grupo conservador) y lo transformó en *patriotismo económico*”. Después de una carrera como funcionario del emperador, en 1872 fue elegido presidente del primer *Banco Nacional* del Japón (*Dai Ichi Ginko*). Participó así en primera línea en la reforma del obsoleto sistema bancario e introdujo entonces una novedad fundamental en los estatutos: *los samurai podían adquirir acciones bancarias, a cambio de sus pensiones como señores feudales pagadas por el Estado*. De más está

decir que, al cabo de pocos años, el 76 por ciento de las acciones de los bancos nacionales estaban en manos samurai (origen de la clase empresaria moderna), quedando los tradicionales comerciantes reducidos sólo al resto. Se invertía así el sentido y la proveniencia social de la nueva elite empresaria japonesa: *ya no más comerciantes oportunistas, sino samurai*. En 1877 de banquero se convirtió en industrial –símbolo de los tiempos y de para qué había servido realmente la reforma bancaria– dedicándose primero al ramo del algodón y luego a los ferrocarriles. En sus últimos años, decepcionado con aquella clase de los comerciantes, decidió la necesidad de crear “comerciantes samurai” y para ello fundó la escuela a que hacíamos alusión más arriba.

En el retrato de este pionero de la economía y la empresa japonesa se dibuja también el de la mayoría de los poderosos industriales actuales: origen humilde, educación samurai, gran esfuerzo personal y comprensión de la empresa como una “gran familia.” Esto explica cosas además absolutamente insólitas para nosotros, como que en la asamblea de acreedores de una quiebra (algo común en el Japón de la década del ‘60), por ejemplo, se presente el equipo de dirección y diga textualmente: “Les pedimos perdón, es nuestra culpa. Perdón por haber conducido vuestra empresa a la quiebra.” Un verdadero *acto ceremonial* que explica más la *cultura* que los fríos números de la economía. A su vez en las grandes empresas *el empleo es de por vida* e ingresar en una de ellas es el mayor deseo y felicidad de un ciudadano japonés. Pero dentro de la empresa *se progresa y educa polivalentemente*, dentro de los tres estratos generales que tan bien reflejan el estratismo social: *ippan* (personal general de la empresa); *kanri* (administrativos que pueden ocupar cargos jerárquicos) y *keiei* (directivos de alto nivel). Todo ello regido por un inviolable *guiri* (sistema de lealtades y gratitudes) que está en las antípodas del célebre “hombre de negocios” o “ejecutivo” de la empresa occidental. Como se advertirá, mucho para aprender y hasta para imitar pero, en esto también, “a la japonesa”: con los ojos puestos en nuestro propio *kokutai* (identidad nacional) y pensando en el duro esfuerzo que tenemos por delante. Algo por completo diferente de los divulgadores del “milagro” *for export*.

Notas

* Anticipo de un libro del autor en prensa en Editorial Fraterna, de próxima aparición.

¹ Ver Octavio Paz, "Revuelta, revolución y rebelión", en *Corriente Alterna*, Siglo XXI, México, 1969, págs. 147 ss. Para una crónica general de los movimientos estudiantiles a que hacemos referencia, puede consultarse: Oscar Troncoso, *La rebelión estudiantil en la sociedad de postguerra*. Como testimonios directos de esas jornadas de luchas estudiantiles en Europa, puede consultarse: *La imaginación al poder*, Insurrexit, Buenos Aires, 1968.

² Sobre la "nueva derecha" y su conexión con la denominada "nueva filosofía francesa", ver nuestro artículo "Deformaciones culturales y nueva filosofía", en *Diario Clarín*, suplemento cultural, Buenos Aires, 16 de julio de 1981. Allí mismo pueden consultarse las consideraciones sobre este mismo tema de Abraham Haber ("Nazismo con fachada francesa") y de Silvio Maresca ("Figuras menores"). Como panorama de conjunto sobre esos autores es interesante la crónica de Jean-Marie Domenach, *Encuesta sobre las ideas contemporáneas*, Emecé, Buenos Aires, 1984. En cuanto a los autores de la denominada "nueva izquierda" es preponderante la obra de Herbert Marcuse sobre este tema, *El hombre unidimensional*, J. Mortiz, México, 1968 (edición norteamericana original de 1964), quien continúa y profundiza la línea ensayada por la denominada "escuela de Frankfurt". De esta última, como predecesora, la obra de M. Horckheimer y Th. Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, Sur, Buenos Aires, 1969 (edición original de 1944).

³ Sobre el denominado Trilateralismo puede resultar de algún interés consultar la siguiente bibliografía mínima: Pastrana, F. *Trilateralismo*, Cuatro Espadas, Buenos Aires, 1981 (trae al final una interesante lista bibliográfica); Christensen, R., *Empresa multinacional y estado-nación*, Depalma, Buenos Aires, 1976; Solomon, L., *Las empresas multinacionales y el nuevo orden mundial*, La Ley, Buenos Aires, 1980. Como fuentes directas de la Trilateral Commission, puede verse la colección "Triangle Papers" por ella editada y la revista *Dialogue*.

⁴ Entre otras, pueden consultar las siguientes obras de estos autores: Brzezinski, Z., *La era tecnocrática*, Paidós, Buenos Aires, 1973; Bell, D., *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Alianza, Madrid 1973 y *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1977; Toffler, A. *La tercera ola*, Plaza y Janes, Barcelona, 1980 y *El shock del futuro*, Plaza y Janes, Barcelona, 1973; Servan-Schreiber, J. *El desafío mundial*, Plaza y Janés, Barcelona, 1980. De nuestra parte hemos desarrollado una descripción más pormenorizada del post-industrialismo en nuestro trabajo "El proyecto moral de la era tecnocrática y su filosofía del poder mundial", en *Revista de Filosofía Latinoamericana* número 7/8, Buenos Aires, 1978; a él remitimos al lector interesado.

⁵ Como importantes aportes en el terreno de la filosofía europea contemporánea para una crítica a la noción vulgar de Tiempo, pueden consultarse: Heidegger, M. *El Ser y el Tiempo*, FCE, México, 1962 (Primera Parte, Segunda Sección, págs. 258 a 471); Hegel, G. *Fenomenología del Espíritu*, FCE, México, 1966; Sartre, J.P., *El Ser y la Nada*, Losada, Buenos Aires, 1966 (Segunda Parte, págs. 123 a 288) y Husserl, E. *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente*, Nova, Buenos Aires, 1959. Como comentarios más generales sobre distintos aspectos de las nociones de Tiempo y Temporalidad, véanse los números dedicados a estos temas en: *Cuadernos de Filosofía*, Fac. de Fil. y Letras, UNBA, Número 13, Buenos Aires, 1970 y *Escritos de Filosofía*, Acad. Nac. de Ciencias, Número 7, Buenos Aires, 1981. Un breve informe sobre el estado de la cuestión en el pensamiento francés contemporáneo puede verse en el artículo de F. Gaussen, "Tradición o Modernidad", en diario *Clarín*, Buenos Aires, 31/3/86, pág. 13 (traducción del diario *Le Monde*).

⁶ Confrontar sobre este tema el trabajo de Héctor Muzzopappa, "Democracia y movimiento nacional", en revista *Nuevo Proyecto*, CEPNA, número 1, Buenos Aires, 1985, págs. 111 a 119.

⁷ Confrontar el trabajo de Horckheimer y Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, Sur, Buenos Aires, 1969. Ver también: Maquiavelo, Montesquieu, Rousseau y otros, *Teoría política y modernidad: del siglo XVI al XIX*, Introducción, notas y selección de Carlos Fernández Pardo, CEDAL, Buenos Aires, 1977; Carlos Fernández Pardo, "Sobre la historia y la política nacional en Maquiavelo", en *Revista de Filosofía Latinoamericana*, número 9/10, Buenos Aires, 1979; Amelia Podetti, "Ciencia y Política", en revista *Hechos e Ideas*, tercera época, número 1, Buenos Aires, 1973; Armando Poratti, "Modernización o supervivencia", en *Actas de las Primeras Jornadas de Reflexión sobre Pensamiento Americano*, Fundación Ross, Rosario, 1986 y "Comunidad, Sociedad y Sistema Mundial", en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, número 11, Buenos Aires, 1986. De nuestra parte hemos tratado el tema en el capítulo "Ciencia, técnica e historia" de nuestro libro *Razón y Liberación. Notas para una filosofía latinoamericana*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973, págs. 111/139.

⁸ Puede advertirse esa misma posición filosófica en el resto de las obras de M. Bunge, entre ellas: *Causalidad*, Eudeba, Buenos Aires, 1960; *Ética y Ciencia*, Siglo XX, Buenos Aires, 1960; *Epistemología*, Ariel, Barcelona, 1980, *Ciencia y desarrollo*, Siglo XX, Buenos Aires, 1984.

⁹ Para el tema de la industrialización y su relación con el desarrollo y riqueza de los pueblos, puede verse la obra de Darcy Ribeiro *Las Américas y la civilización*.

¹⁰ Para una aproximación histórica general, ver: Mc Neill, W. *Historia Universal*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1973, tomo III, págs. 349 a 359.

¹¹ Ver Courdy, J. *El milagro japonés*. Abril, Buenos Aires, 1982. Especialmente los capítulos III y IV.

¹² Para un mejor desarrollo de esta base cultural japonesa, que contribuyó a la modernización del país según un modelo propio, ver: Benedict, R. *The Chrysanthemum and the Sword*, Boston, Houghton Mifflin, 1946; Bellah, R., *Tokugawa Religión: The Values of Pre-Industrial Japon*, Glencoe, Ill: Free Press, 1947.